

PARÍS, 31 de Julio.

Los periódicos de esta capital han disputado largamente entre sí sobre si la catástrofe que cubre de luto á la Francia es una lección de la Providencia ó un golpe del destino; y supuesto el primer extremo de esta hipótesis, sobre si la lección iba dirigida á la dinastía reinante, ó si debía ser aplicada á las revoluciones. Si yo hubiese de entrar en esta controversia, me pondría del lado de los que sostienen que la catástrofe que llora la Francia es una lección, porque estoy íntimamente convencido de que no hay catástrofe ninguna que no lo sea para las sociedades humanas; diré más: en tiempos de revueltas y de discordias civiles, cuando todos los partidos y todos los hombres, cuando todas las inteligencias y todos los brazos han contribuido á la obra de perdición que las revoluciones consuman, la Providencia no envía lecciones que no sean dirigidas á todos: siendo de todos el error, á todos distribuye la enseñanza. ¡Ay de los que no aprendan de las catástrofes que en la hora de su ira envía como mensajeros! ¡Ay, sobre todo, de los que, especulando con ellas, toman en ellas ocasión para recriminar á los que llaman adversarios, no siendo sino sus cómplices en un mismo delito! Digo esto porque los legitimistas de Francia suelen olvidar frecuentemente que la revolución que condenan es la obra común de los que la hicieron y de los que la provocaron.

Pero sea de esto lo que quiera, y considérese ó no se considere esta catástrofe como una lección para la conciencia, es sin duda ninguna en la ocasión presente una iluminación para el espíritu; á esa iluminación, y á la que derraman las leccio-

nes que acaban de realizarse, somos deudores de algunos datos preciosos para poder juzgar con acierto acerca de los partidos que combaten aquí por la dominación de la Francia.

Si hay una época en que los partidos políticos se clasifican, y en que cada uno procura distinguirse de los que le son contrarios, es ciertamente en tiempos de una elección general, en la que cada uno aspira á alcanzar la victoria por su parte en nombre de sus principios. Entonces sucede que cada uno despliega al aire su bandera, formula su programa, publica el simbolo de sus creencias políticas, hace profesión de su fe, defiende su dogma. Tal es la costumbre constantemente seguida y universalmente adoptada en todos los pueblos regidos por instituciones libres. Nosotros la hemos tomado de la Francia: la Francia de la Inglaterra: la Inglaterra de la naturaleza misma de las cosas. Pues bien: los que han presenciado aquí las últimas elecciones, han asistido á un espectáculo nuevo en los Gobiernos constitucionales. Los partidos se han presentado á solicitar los votos de los electores ocultando su programa, disimulando su fe, olvidando su simbolo y plegada su bandera. Los conservadores se han abstenido cuidadosamente de decir al oído de la nación que son ministeriales. La oposición dinástica ha llevado la prudencia hasta el punto de disimular sus principios contra toda idea de Gobierno; el radicalismo, soberbio y audaz por la naturaleza misma de sus teorías políticas y sociales, no se ha presentado al combate con el terrible ariete con que ha de abrir la brecha en el muro que protege á la sociedad y á la nueva dinastía. Todos se han presentado á la lid inofensivos, descoloridos, siendo modelo de inocencia y mansedumbre. Todos al hablar han mentido, todos han engañado á la Francia. La Francia, en recompensa, los ha enviado á todos á los escaños de los legisladores.

Si este espectáculo sirve para demostrar alguna cosa, sirve para demostrar: lo primero, que en Francia no hay una verdadera nación; lo segundo, que no hay verdadero Gobierno, y lo tercero, que dentro de la nación y alrededor del Gobierno

no hay verdaderos partidos; y, finalmente, como consecuencia necesaria de todos estos hechos, que las instituciones están en completa y rápida declinación; que nada se afirma y que todo se disuelve. La fe política se extingue en esta nación; su brazo no conmoverá las montañas. La Francia fué una nación en tiempo del Imperio. La Restauración se encontró en presencia de dos partidos poderosos. Hoy la revolución de Julio sólo tiene delante de sí el polvo de la nación y el polvo de los partidos; y además de esto á Mr. Guizot, que quiere conservar lo que sabe que ha de perder; á M. Thiers, que aspira á alcanzar lo que no puede conseguir; y á Mr. Odilón Barrot, que no sabe lo que quiere. Ya iba á pasar en silencio á Mr. de Lamartine, especie de conservador radical y de poeta práctico, cuya naturaleza moral es el resultado de todas las antítesis. Un dicho de este insigne varón pasará á la posteridad más remota. En el discurso que acaba de pronunciar ante los electores con motivo de su candidatura, dejó escapar de sus labios esta notable sentencia: "¿Sabéis lo que es un diputado? Un diputado es un pueblo." Yo sabía ó creía saber lo que era un diputado antes que Mr. de Lamartine diera á luz este aforismo; ahora lo ignoro absolutamente: lo único que sé es que un *candidato* es una *vanidad*, señores redactores.

Ustedes tienen noticia, y yo también la tengo, de dos diputados que pueden llamarse *pueblo*; pero esos diputados no se sientan en los escaños de los legisladores franceses, sino en el Parlamento inglés y en el Parlamento de España. O'Connell, Olano; vean Uds. dos únicos hombres que en toda la prolongación de los siglos han podido llamarse *pueblo*, sin que esta expresión sea en sus labios ni hiperbólica ni ridícula. Uno y otro son representantes de dos pueblos oprimidos; uno y otro son representantes de dos pueblos conquistados; uno y otro han dirigido su palabra á los tiranos y á los despojadores de sus santos fueros y de su santa independencia. O'Connell, representante de un pueblo cuya opresión comienza con su historia y no acabará sino con la historia de Inglaterra, es *pueblo*

todos los días. Olano, representante de un pueblo despojado y oprimido ayer, pero cuya opresión y cuyo despojo no durará sino lo que dure la efímera dominación de sus despojadores, ha sido *pueblo un día* solamente. Pero ambos han sido pueblo. Demóstenes fué el más grande de todos los oradores del mundo, pero no fué más que un hombre; Cicerón fué un académico; Mirabeau, una facción; Berrier es un partido. Demóstenes hablaba en nombre de las antiguas virtudes á un pueblo comprado por el oro macedonio. Cicerón hacía frases, menos para salvar á su cliente que para mirarse en ellas como en un magnífico espejo. Mirabeau fué elocuente por mil causas, pero, sobre todo, por su *impudencia*, que es la calidad distintiva de todas las facciones. Berrier tiene la elocuencia de los recuerdos, elocuencia propia de los partidos que se acaban.

Mirad ahora á O'Connell, ese ciclope irlandés que ha hecho de Inglaterra su yunque. En los tres Reinos reunidos, ninguno toca con su cabeza á su rodilla. Los hombres le miran con asombro, como si fuera un semidios ó un gigante antediluviano. Él hace con su palabra lo que Paganini hacía con su violín, en donde estaban como dormidos, para despertar obedientes á su voz, los sonos de todos los instrumentos. La voz de O'Connell es apagada y atronadora, oscura y clarísima, blanda y vibrante; gime como un arpa, brama como el viento, entusiasmo como un himno: O'Connell es ángel de la Irlanda, demonio de la Inglaterra. En los devastados campos irlandeses su voz cae suave y consoladora; en el Parlamento inglés su voz lanza imprecaciones, mientras que su mano agita las serpientes de las furias. O'Connell es sublime como Demóstenes, impudente como Mirabeau, melancólico como Chateaubriand, tierno como Petrarca, grosero como un lacayo, brutal como un salvaje, prudente en el campo parlamentario como Ulises en el campo de los griegos, impetuoso, temerario y audaz como Ajax pidiendo al cielo la luz para morir con el sol del mediodía. En aquella naturaleza riquísima hay algo de la naturaleza del capitán, algo de la naturaleza del sargento, algo de la naturaleza de un Rey, y algo

de la naturaleza del paisano del Danubio: tiene mucho del hombre salvaje, mucho del hombre civilizado: es zorra y león á un mismo tiempo. Es malicioso y cáustico, como el Mefistófele de Goethe. Es inocente y cándido como un niño. Es todo lo que es un pueblo, y un pueblo lo es todo.

No puedo negar que de jo la pluma con placer para mirar amorosamente con los ojos de mi imaginación esta figura sublime, si bien me asusta algún tanto. Mis ojos, atónitos, le miran inclinada la frente augusta sobre el arpa nacional, de donde arranca su mano gemidos tan dolorosos y profundos como no los escucharon jamás los hijos de los hombres. Cualquiera diría que es Ostián, y que le piden venganza desde su trono de nubes las almas melancólicas y transparentes de sus padres.

¡Irlanda! ¡Verde Irlanda! ¡Católica Irlanda! ¡Aiégrate en medio de tu humillación y de tu servidumbre! Eres esclava, es verdad; andas vestida de jerga; no comes sino las cortezas de tus árboles y las hierbas de tus campos; no pisas sino abrojos; no arrastras sino cadenas; no duermes sino en tu lecho de paja. Pero en ese lecho has dado á luz á un Rey: ese Rey romperá las cadenas de su madre. ¡Irlanda! ¡Verde Irlanda! ¡Católica Irlanda! ¡Alégrate en medio de tu humillación y de tu servidumbre!

Si tuviera algún tiempo delante de mí, una hora siquiera, estoy seguro de que había de retratar bien á esa nación y á ese hombre que, sin saber cómo, han venido á ponerse delante de mi imaginación y á cortar el hilo de mi discurso; yo pensé hablar de la revelación que llevan consigo los grandes acontecimientos del día, la muerte del Duque de Orleáns, y las elecciones generales: del último acontecimiento he hablado poco; del primero, nada. Mr. de Lamartine, O'Connell, Irlanda, y el correo que va á partir y yo, que no me he puesto á escribir á Uds. sino á última hora, tenemos la culpa. El correo próximo hablaré de todas estas cosas, ó de algunas de ellas solamente, ó de otras cosas distintas, y, sobre todo, de Olano. Me

he propuesto que mis cartas sean una conversación, y lo serán, porque no tengo tiempo para otra cosa, y porque las conversaciones ofrecen una amable y encantadora incoherencia. Otro corresponsal dirá á Uds. lo que ocurre: yo les diré lo que pienso, es decir, lo que pienso en el momento en que escribo, y probablemente será mejor que lo que pienso después de largas meditaciones. Es un problema filosófico, muy difícil de resolver, si piensa uno mejor cuando improvisa ó cuando digiere sus pensamientos. Las razones en pro y en contra son iguales, como las de todos los problemas; tan cierto es que la razón humana es la mayor de todas las miserias del hombre. Sin la fe no sé lo que es la verdad, y no comprendo sino el escepticismo¹. Pero advierto que, al pasar en mi rápida conversación de unas cosas á otras, voy filosofando, y aún no ha llegado su turno á la filosofía.

PARÍS, 6 de Agosto.

Tratábase un día en el Congreso, no sé con cuál ocasión ni para qué, porque en mi cráneo está completamente deprimido el órgano de la memoria², de la ley hecha en Cortes para el afianzamiento de los fueros concedidos á las provincias exentas en el célebre convenio de Vergara, cuando de repente se levantó de su asiento un señor diputado que hasta entonces había guardado un silencio profundo. Los vascongados dieron noticia de su Patria á los que por curiosidad le preguntaron:

¹ Note el lector que aquí apunta ya en las ideas de Donoso el influjo de la fe, aun oscurecidas por el tradicionalismo que á la sazón privaba en Francia.—(NOTA DE ESTA EDICIÓN.)

² De la memoria sensitiva debe entenderse, no de la intelectual, que, como espiritual que es, no tiene órgano alguno.—(NOTA DE ESTA EDICIÓN.)

el Presidente dijo al Congreso su nombre. Las primeras palabras, caídas tímidamente de los labios del desconocido orador, fueron á perderse en aquellas bóvedas augustas y á estrellarse en la indiferencia universal. El orador continuaba, sin embargo, como si hablara en alta voz consigo mismo, y hablaba consigo mismo como quien está poseído de una divinidad y aquejado de turbulentas emociones. Algunos períodos enfáticamente quebrados, algunas expresiones pronunciadas en son de ternísima queja, algunos acentos llenos, sonoros, robustos, comenzaron á cautivar poco á poco la atención de los espectadores, que á su vez comenzaron á sospechar que el orador estaba poseído de una pasión elocuente ó en posesión de los secretos más recónditos del arte. Puestas así en relación y en armonía el alma del orador y las almas de los oyentes, los oyentes, sin saber cómo, perdieron su indiferencia; y cuando quisieron mirar por sí, se encontraron hasta sin libre albedrío. Entretanto el orador había ido creciendo, creciendo, también sin saberse cómo, hasta tal punto que no parecía sino que la Asamblea estaba en él, más bien que él en la Asamblea. Al compás de los latidos de su corazón, latían todos los corazones. La Asamblea se indignaba, gemía, se llenaba de santo y de profundo horror ó de eléctrico entusiasmo cuando el orador dejaba caer convulsivamente sus desordenadas frases, como desde su trípode sagrado la atormentada Sibila.

En vano la oposición bramaba de cólera por sacudir el yugo del magnetizador imperioso. Sordo el magnetizador á sus bramidos y á sus plegarias, tenía en sus manos de fierro su corazón palpitante. La hiena convertida en paloma se sentía fascinada por los ojos de la serpiente.

Entretanto el orador, siguiendo en su rápido vuelo, nos transportaba en espíritu á las altísimas montañas que escucharon el juramento que hizo nuestra fe en presencia de Dios y en presencia de los hombres. Allí se llamaron hermanos los que habían sido enemigos; se dieron el ósculo de paz los que habían hecho pacto con la muerte; los que sólo se habían saludado con

la lanza, se enviaron entonces un ternísimo saludo; partieron el pan los que sólo habían partido el campo y el sol de las batallas; los que no conocían del Diccionario sino el grito de guerra, entraron allí en pláticas tranquilas y sabrosas. Por las mejillas de los guerreros corrió el llanto de las mujeres, y la inocencia de los niños fué á refugiarse en el corazón de los leones; y toda esta escena, digna de los tiempos primitivos, estaba animada por un pueblo inmenso, extático de placer, loco de júbilo; por un pueblo inmenso, á quien cubría, á manera de un magnífico dosel, un cielo purísimo, bañado de un sol resplandeciente; por un pueblo inmenso, reverentemente asentado en las eternas y fortísimas montañas que recibieron los primeros vagidos y el último aliento de sus héroes, siendo á un tiempo mismo cuna y sepulcro de sus hijos, de sus hermanos y de sus padres. Y un no sé qué de religioso y de santo vagaba por el ambiente, y dilatándose por aquellos campos cubiertos todavía de cadáveres insepultos, parecía el eco de las celestes arpas, que estremecidas cantaban: "¡Paz á los hombres de buena voluntad en la tierra! ¡Gloria á Dios en las alturas!,"

Y ese inmenso pueblo es el que habló aquel día por boca del orador inspirado; ese inmenso pueblo fué el que por su boca pidió cuenta á la revolución de sus sacrílegas obras; ese inmenso pueblo fué el que puso pavor hasta en los tuétanos de los huesos corroídos de los que habían jurado ser perjuros; ese inmenso pueblo fué el que amenazó aquel día á la revolución con la cólera divina y con la execración de los hombres.

Es fama que el orador, en la noche que precedió al día de su triunfo, fué acometido de un pavor desusado, que penetró hasta en lo íntimo de sus carnes, que vió en visión maravillosa al genio hermoso de las provincias vascongadas sentado al pie de su lecho, obscurecida por negras sombras la frente, descompuesto el cabello, pálidas las mejillas, la mirada heroica caída en desmayo, y en mísera postración los brazos varoniles; que hizo resonar en sus oídos el acento querido de sus monta-

ñas, y estas palabras, llenas de austera gravedad y de dulzura inefable: "¿Qué te detienes? Levántate, defiéndeme; Dios, que oyó el juramento de Vergara, te mirará desde el cielo y yo estaré á tu lado." Y el orador se levantó hecho otro hombre; y ese hombre era un pueblo, y ese pueblo alcanzó aquel día en la tribuna nacional una victoria igual á la que había alcanzado en los campos de Vergara.

Y hoy, ¿dónde está hoy ese pueblo vencedor? ¿Dónde está el genio de la libertad que le cubrió siempre con sus alas protectoras? ¿Dónde está el juramento que sus montañas escucharon? ¿Dónde la hermosa aurora de la paz, que amaneció en su horizonte? Todo ha pasado ya; hasta la memoria de todo, borrada por otra memoria que arranca lágrimas de mis ojos, gemidos de mi corazón, y hasta la pluma de mis manos.

Allí están los sepulcros de mil víctimas, y sobre esos sepulcros solitarios se levanta, cantando una bárbara victoria, un monstruo lleno de sangre.

Apartemos la vista de este monstruo. ¿No la aparta Dios también? Fijémosla en aquel sepulcro; allí yace, lejos de sus amigos y de la Patria que le vió nacer, el mejor de todos los hombres ¹, el más leal de todos los súbditos, el más fiel de todos los amigos. ¡Yo te saludo hincado de rodillas, héroe sin tacha, noble caballero! Tu vida y tu muerte fueron ejemplo de virtud. Catón de la presente edad, esta edad no te conoció, y no te merecía. Tú vives en el cielo: esa es tu patria, varón justo. Mirame desde allí, ¡me amaste tanto! Yo te saludo otra vez, y otra vez. ¡Jamás saldrás de mi corazón, memoria querida; nunca te apartarás de mis ojos, sombra doliente!...

Señores redactores, no puedo más.

¹ Según mis informes, la persona á quien se alude es el desgraciado General Montes de Oca.—(NOTA DEL EDITOR.)

PARÍS, 12 de Agosto.

Decía en mi penúltima carta que el Imperio francés se encontró en presencia de una nación; la Restauración en presencia de dos partidos poderosos, y que la revolución de Julio nada había encontrado delante de sí, sino el polvo de la nación y el polvo de los partidos. Esta verdad es tan luminosa de suyo, que sirve para explicar cumplidamente todos los grandes acontecimientos de la Francia en el siglo XIX. Cuando la Francia era una nación, es decir, durante el Imperio, llevó sus estandartes por todas las capitales de Europa. Cuando estuvo dividida en dos partidos poderosos, es decir, durante la Restauración, llevó su estandarte hasta las columnas de Hércules y le asentó en las riberas africanas. Cuando esa nación y esos partidos se han convertido en polvo, la Francia ha perdido su influencia en todas las regiones, y apenas es dueña de su hogar la que fué señora del mundo. Espaciemos si no los ojos por los grandes acontecimientos de Europa en los años que van corriendo.

La Polonia se estremece; en su estremecimiento sacude el yugo que la oprime, y su águila blanca va á afrontarse con el águila negra de la Rusia. Largo fué el combate, largo como sangriento. La Polonia, entretanto, volvía sus ojos desmayados hacia su hermana libre del Sena ¹. Pues bien: la Polonia sucumbió, y esa Irlanda de los pueblos esclavos volvió á doblar el noble cuello ante la espada moscovita. La Bélgica oye la voz atronadora de la revolución de Julio; hace su revolución

¹ La causa de Polonia no tiene nada que ver con la Francia revolucionaria.—(NOTA DE ESTA EDICIÓN.)